

QUEVEDO, EL JEREMÍAS ESPAÑOL

Jack Weiner

Northern Illinois University, EE.UU.

A la memoria de mi gran amigo Alex Fozailoff (1935-2019)

I. “[...] antes que tú nacieras te santifiqué, y te destiné para profeta entre las naciones[...] Mira, yo pongo mis palabras en tu boca” (*Jeremías* I:5-10)

II. “Veo, respondí, una olla o caldera hirviendo, y viene de la parte del norte” (*Jeremías* I:13)

III. “Imitad a Cristo y leyéndome a mí, oídle a él, pues hablo en este libro con las plumas que le sirven de lenguas” (Quevedo 1988: 532)

Estos tres epígrafes captan la esencia del presente ensayo, pues ellos orientan al lector hacia Jeremías, el profeta judío bíblico, y a Quevedo, el profeta cristiano aureosecular. Entre otras cosas, estas palabras epigramáticas demuestran que *El libro de Jeremías* es un innegable cordón umbilical, moral y político, entre el Israel bíblico y la España habsburga. El propósito de este estudio es lanzar alguna luz sobre la influencia de Jeremías en la vida y obra de Quevedo, como un gran espíritu ubicuo que le guía y anima. De hecho, la obra de Jeremías siempre ha sido y sigue siendo un tema de interés judeocristiano universal, por eso no ha de sorprender al lector que nuestro autor fuese de los muchos escritores españoles, y extranjeros, que incluían algún aspecto de Jeremías en sus propios escritos y pensamientos.

Entre los oficios católicos, pocos son tan aterradores como aquellos en los que se recitan *Las lamentaciones de Jeremías*. En el mundo los compositores que han puesto estos versos a la música son legión. Entre ellos figuran muchos de España (Kendrick). El *Triduum* –los tres días antes del Domingo de Pascua– se caracteriza aún más por sus intensos rezos de penitencia y de salvación. La traducción de Quevedo de estas lamentaciones es un reflejo de la profunda religiosidad popular relacionada con ellas. *Las lamentaciones de Jeremías* también solía reflejar las ansias y el miedo nacionales frente a una catástrofe: en Italia el saco de Roma (1527), las derrotas españolas en los Países Bajos a partir de 1565 y la destrucción de la Armada Invencible (1588). Las razones para recitar estas lamentaciones no tienen límite.

La traducción de *Jeremías* (1613) por Quevedo es un reflejo de la gran caída moral y hegemónica de su propio país. Puede que esto explique por qué tradujo, no el *Libro de Jeremías* entero, sino solamente el de *Las lamentaciones*. Para los cristianos la destrucción de Jerusalén en el año 70 (Era Común) era una justa venganza por el Deicidio (Martínez 2003: 301). Es una idea que Quevedo aceptaba. Pero ahora, según él, le toca a España el mismo fin pero por diferentes razones. Es una catástrofe ineluctable que Quevedo siente en sus huesos, en su alma y en su corazón. Se la imagina nuestro autor como un meteoro que viene acercándose a España velozmente sin que nadie sepa cuándo va a chocar ni cómo evitarlo. Un ejemplo de la vocación profética de Quevedo se observa en *La España defendida y los tiempos de ahora* (1609). Quevedo se elige y se proclama oráculo nacional y profeta del pueblo. Sin duda, nuestro autor se ha convencido de que él es el representante de Dios en España sin que nadie le pueda descarriar. Más tarde, enfatiza específicamente sus poderes vaticos en su *Política de Dios y gobierno de Cristo* (1617-1621). Él proclama y arenga a los españoles de todos los niveles sociales, “Imitad a Cristo y leyéndome a mí, oídle a él, pues hablo en este libro con las plumas que le sirven de lenguas” (Quevedo 1988: 532). Es decir que Cristo es Dios y Quevedo es su profeta en España. Dios bendijo a Jeremías y a Cristo en el vientre de María (Kendrick). Habría que

concluir que en el pensamiento fantasmagórico de Quevedo, Dios también le habría santificado en el vientre de su madre María de Santibáñez.

Para establecer el vínculo entre la España habsburga de Quevedo y el Israel de Jeremías, Quevedo apunta la siguiente cita del profeta: “Abrieron sobre nosotros sus bocas todos nuestros enemigos; o mejor desbocáronse contra nosotros los que nos persiguen” (Quevedo 1988: 488). Quevedo está consciente de que los enemigos de España la asechan como una jauría de lobos feroces. Por eso él se ciñe para la guerra como un ser quijotesco. Reconoce que una España corrupta no puede defenderse contra ningún enemigo extranjero. Antes que nada, España se tiene que purificar. No hay duda de que esta última cita descubre el temor de nuestro escritor ante las amenazas y ataques de los muchos enemigos de su amada patria. Nuestro autor protegerá a España. Literalmente nunca la abandonó, ni como escritor ni como soldado. Es más que probable que con sus últimos suspiros, en el umbral de la muerte ante la partida al otro mundo, defendiese su amada madre patria.

Se trata quizás del escritor del Siglo de Oro cuya creación literaria y vida personal más se parecen a la vida y a los escritos de Jeremías. En el caso de Jeremías, él es quien por medio y por orden de Dios habla al pueblo (Epígrafe I). La primera noticia sobre Jeremías escrita en la obra de Quevedo es su traducción de los *Trenos o Lamentaciones de Jeremías*. No obstante, hay otras referencias de Quevedo sobre Jeremías a través de su obra, como pronto en este estudio el lector descubrirá.

Quevedo busca con toda su fuerza una manera de salvar a su patria de su inevitable declive. En vano buscaba héroes contemporáneos para salvar a España (Weiner 2011: passim). Con pocas y raras excepciones rechazaba a los héroes castellanos más respetados de la Edad Media. Por más fuertes y valientes que hubiesen sido ellos, con sus espadas y lanzas en su época, no podrían competir con los soldados de la época moderna. Estos, en vez de espadas y lanzas, sabían manejar armas de fuego de toda categoría. Al no encontrar héroes españoles entre sus contemporáneos, nuestro escritor elogia a los reyes españoles Felipe III y Felipe IV, convirtiéndoles a la vez en dioses mesiánicos. Pero ninguno de sus esfuerzos resolvía la caída de su amada patria (Weiner 2011: passim). Nuestro autor queda frustrado con la falta de progreso en su adorada España. En tal caso, se apodera de las riendas del mando en España con sus propias manos y predica para tratar de salvarla. Así se convierte Quevedo mismo en el profeta de su patria. Como Jeremías quiere advertir a todo el pueblo, en todos sus niveles sociales, que si no mejora vendrá la catástrofe como en efecto llegó (Epígrafe III).

En una ocasión, para ver en contexto el declive de su patria, Quevedo la compara con el ocaso de otras civilizaciones. Por ejemplo, en la poesía, “A Roma sepultada en sus ruinas”, don Francisco trata de la subida y bajada de los imperios frente al de Roma como ejemplo supremo (Gómez Canseco 1986: 29). Quevedo observa que de la grandeza de Roma solamente quedan ruinas. Teme que vaya por este mismo camino su patria. Nuestro autor, a toda costa, quiere detener este avance al ocaso de España, tanto en sentido moral como físico (Cacho Casal 2009: 1187). Inevitablemente el destino de Roma y de otras civilizaciones es el destino de España. Bien se podría ver que *El libro de Jeremías* era el callejero y la cartilla más sucintos que el pueblo español tenía que estudiar para salvarse. En el *Libro de Jeremías* los que amenazan del norte son o los asirios o los babilonios con su rey Nabucodonosor. Los babilonios son los que llegan a esclavizar a los hijos de Israel y les exilian a Babilonia. *Los Trenos* describen la tristeza del nuevo pueblo de Israel ya vencido. Jerusalén y el reino de Israel están en ruinas. La caída y destrucción de la ciudad de Jerusalén a los ojos de Quevedo son a la vez el futuro de España. Aquel Israel, según él, es un claro reflejo de la España de Felipe III y Felipe IV.

Gran parte de la obra literaria de Quevedo es a su manera una emulación de la obra de Jeremías. Se puede creer que muchos de los *topoi* en Jeremías y en el Israel suyo se hallan en Quevedo: una España falta de vida moral, llena de abusos, culpable de la desobediencia a Dios. Nuestro autor explica que El Templo en Jerusalén ya no es templo, lo cual ha entristecido sobremanera a los sacerdotes. Israel queda sin casa espiritual. De igual manera, seguramente, creía que la Iglesia en España iba a ser abandonada por la indiferencia de su propia población. Temía también la infiltración y corrupción del

catolicismo por los protestantes –en particular desde Francia, Alemania y Suecia–. Temía también la presencia de los banqueros judíos o conversos en España.

En su soneto, “Lamentación” (1628) (Quevedo 1945: 504) se dirige a Hieremías para decirle, “Los ojos, Hieremías, con que leo/tus altas y sagradas profecías,/el llanto me los vuelve, Hieremías,/pues hoy la olla que miraste veo./Hierva la llama, y en volumen feo/el humo que consume nuestros días,/ciega, y del Aquilón las herejías/nos acerca por áspero rodeo” (Quevedo 1945: 504). Este texto de Quevedo se origina en Jeremías 1:13-14. “Y hablóme de nuevo el Señor, diciendo: ¿Qué es eso que ves? Veo, respondí una olla o caldera hirviendo, y viene de la parte del norte. Entonces me dijo el Señor: Eso te indica que del norte se difundirán los males sobre todos los habitantes de la tierra...” (Jeremías I:13-14). La olla o caldera de la que se habla en la Biblia es la que describe o simboliza las guerras, destrucciones y sufrimientos que van a venir a destruir a Jerusalén y a esclavizar y a exiliar a los hijos de Israel. Quevedo ve la misma olla/caldera que indicará que lo que le ocurrió a Israel le va a ocurrir a España, por lo cual llora y gime. Y no se equivocó.

En los dos casos de las ollas los enemigos venían del Norte. En Jeremías venían de Asiria o de Babilonia. En el caso de España, Quevedo explica que también vienen del Norte de Europa –el Aquilón– y el tirano es el rey protestante sueco Gustavo Adolfo Wasa/Vasa (1594-1632). Es curioso observar que el apellido de esta dinastía real sueca en castellano literalmente significa vajilla, recipiente o utensilio precisamente como las susodichas olla o caldera. Esta coincidencia lingüística es asombrosa a no ser que Quevedo haya querido asociar el apellido real sueco con la imagen de la olla. Nuestro autor es poco amigo de este rey sueco, como él reitera en una carta posterior a 1632. Escribe a un amigo las nuevas sobre la muerte de este rey, el segundo día de la Pascua. Le riñe: “Peleó el rey de Suecia como valiente: perdió la Batalla como temerario, su alma como erege. Su memoria será esclarecida mas no buena; porque ni la causa de sus armas fue justa, ni ellas acabaron de ser dichosas” (Quevedo 1945: 1751-1752). A este rey casi sobrenatural se le decía el león del norte o el “monstruo de Stocolmia” (Clavería 1954: 104-106). Es verdad que Quevedo podría temer a este rey sueco por su proeza político-militar. Pero a la vez el rey Gustavo era el prototipo del rey godo con cuya sangre Quevedo compartía una historia y obsesión antisemitas. La verdad sea dicha, Quevedo es un precursor del niño del póster de “Los Protocolos de los Sabios de Sión”. Esta consanguinidad a lo mejor emocionalmente habría unido a Quevedo con su enemigo nórdico. Pues, el ideal para Quevedo y para una gran parte de sus compatriotas era tener la misma sangre que tenía este rey sueco (Clavería 1954: 94, 105). Para ellos era una gran lástima que Gustavo no fuese de la grey romana.

Quevedo, el Jeremías español, no pudo detener el declive hegemónico de su amada España. Coincidió con este declive la caída genética de sus soberanos. Efectivamente, la consanguinidad y la obsesión española por la limpieza de sangre destruyeron en gran parte la monarquía habsburga en España. Con tíos y sobrinas y primos con primas se extinguió esta casa con la muerte del último rey habsburgo español Carlos II (1661-1700) quien no pudo engendrar. Sin sucesor factible dentro de España, los protectores del reino hallaron en Francia al siguiente rey de España, Felipe V de la Casa de Borbón (1683-1746). Sabiendo cuánto Quevedo odiaba a los franceses se podría uno imaginar la reacción de nuestro autor. Habría dado la vuelta en su tumba.

He dicho.

Bibliografía

CACHO CASAL, Rodrigo (2009): “The Memory of Ruins: Quevedo’s *Silva to Roma*”, en *Renaissance Quarterly*, 62(4): 1167-1203.

CLAVERÍA, Carlos (1954): *Estudios hispano-suecos*. Granada: Universidad de Granada.

GÓMEZ CANSECO, Luis (1986): *Rodrigo Caro: Un humanista en la Sevilla del Seiscientos*. Sevilla: Excelentísima Diputación Provincial de Sevilla.

KENDRICK, Robert L. “Manuscrito inédito”.

MARTÍNEZ, Ronald L. (2002): “Dante Between Hope and Despair: The Tradition of Lamentation in the *Divine Comedy*” en *Logos* (3): 45-76.

— (2003): “Mourning Laura in the *Canzoniere*: Lessons from *Lamentations*”, en *Modern Language Notes*, 118: 1-45.

— (2003a): “Dante’s Jeremiads: The Fall of Jerusalem and the Burden of the New Pharisee, the Capetians and Florence”, en *Dante for the New Millennium*. Eds. Teodolina Barolini and H. Wayne Storey. New York: Fordham University Press, 301-19.

QUEVEDO, Francisco de (1945): *Obras Completas. Prosa*. Ed. Luis Astrana Marín. Madrid: M. Aguilar Editor.

— (1953): *Lágrimas de Hieremías castellanas*. Ed. Edward M. Wilson y José Manuel Blecua. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

— (1963): *Verso*. Ed. José Manuel Blecua. Barcelona: Planeta.

— (1988): *Prosa*. Ed. Felicidad Buendía. Madrid: Aguilar S. A. de Ediciones.

Sagrada Biblia (1956): Ed. Félix Torre. Madrid: Editorial Apostolado de la Prensa, S. A.

WEINER, Jack (2011). “Ante tumbas y héroes”, en *Wolves and Sheep: Exploring the Expression of Political Thought in Golden Age Spain*. Ed. Aaron M. Kahn. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 177-196.

— (2011a): “Quevedo, la deificación de los Austrias y el arte”, en *Annali della Università degli Studi di Nápoli “L’Orientale”*: Sezione Romanza, 53:1-2: 261-278.